

SERENA VANTIN

**Mary
Wollstone
craft**

Traducción de
Beatriz Gómez-Miedes

Serena Vantin es investigadora en Filosofía del Derecho en la Universidad de Bolonia.

NOTA DE LOS EDITORES

¿Cómo y hasta qué punto han contribuido las mujeres a conformar el pensamiento político? Quien busque la respuesta a esta pregunta en los manuales universitarios quedará perplejo: aparte de en contadas excepciones, es muy difícil encontrar nombres femeninos en los textos que recorren la historia del pensamiento político moderno y contemporáneo. Una ausencia aún más llamativa si tenemos en cuenta el gran número de trabajos especializados hoy disponible, dedicados a figuras relevantes, en particular a las mujeres que, desafiando el tradicional monopolio masculino, supieron hacerse notar en los ambientes socio-culturales y en los sectores profesionales —desde la ciencia a la política, del deporte al mundo empresarial— de los que por tanto tiempo fueron excluidas a causa de los prejuicios.

De la constatación de esta ausencia, que testimonia un retraso no exento de culpa, nace la idea

de esta colección: una serie de estudios dedicados a pensadoras y teóricas de la política, redactados de manera depurada y eficaz, fruto de recientes investigaciones confiadas a estudiosas y estudiosos de la disciplina. De esta manera se bosqueja una primera panorámica de la fundamental contribución femenina al desarrollo teórico y conceptual, a la deconstrucción y resignificación de los grandes temas que atraviesan «lo político». Un trabajo que aproxima, aunque no siempre coincide, a la historia del pensamiento feminista, de la perspectiva de género y de la emancipación de la mujer, y que permite formar un enfoque novedoso, quizás solo por desconocido, de la instauración de la «modernidad política» que —bajo la mirada de estas pensadoras— se muestra todavía más condicionada por una miríada de aporías.

*Cristina Cassina,
Giuseppe Sciara,
Federico Trocini*

I. La primera de una nueva especie

En una carta a su hermana Everina, fechada el 7 de noviembre de 1787, Mary Wollstonecraft se proclama orgullosamente «la primera de una nueva especie» [CL, 164]. Con «generosidad poco habitual», el librero y editor Joseph Johnson acababa de contratarla como redactora en la revista londinense *Analytical Review*, y a los veintiocho años se aprestaba a coronar «un proyecto que llevaba desde hacía tiempo en la cabeza», ser independiente [*ibidem*, 165].

Al menos desde el punto de vista económico, esta noticia suponía una gran tranquilidad. El nuevo trabajo le iba a permitir ganar una cantidad de dinero finalmente suficiente no solo para satisfacer sus sobrias costumbres londinenses, sino también para contribuir al mantenimiento de los hermanos y hermanas que tenía a su cargo, con diferentes suertes, desde hacía años. En efecto, tras la muerte de la madre Elizabeth Dixon, una mujer indolente

dedicada solo a cuidar al primogénito, el padre John Edward Wollstonecraft, un hombre inepto, alcoholizado y violento, se había vuelto a casar y se había trasladado a Gales. Mary intentó entonces proveer, de todas las maneras posibles y con no pocas dificultades, al sustento de las hermanas y de los hermanos menores, visto que el primogénito, único heredero del pequeño patrimonio familiar, se comportó desde muy pronto como un tirano [Flexner 1972:23]. Pero Wollstonecraft no era persona que se arredrara ante la adversidad. Abandonado el trabajo al servicio de una vieja viuda de Bath —una experiencia tediosa, solitaria e infeliz—, en 1783 fundó una escuela para mujeres primero en Islington, luego en Newington Green, una pequeña comunidad a las afueras de Londres. La animó a hacerlo un predicador heterodoxo: Richard Price. La escuela, sin embargo, no era viable ya cuando Mary debió abandonarla durante algunas semanas para visitar a una amiga de la infancia, Fanny Blood, recién casada, residente en Lisboa y embarazada. Sin dudarlo, de vuelta a Londres, dio por acabada la experiencia educativa y publicó *Thoughts on the Education of Daughters*, una serie de apuntes sobre la educación de las niñas, dedicados a las madres jóvenes y las nodrizas. Se mudó luego a Irlanda, a casa de una familia aristocrática, los Kingsborough, para quienes trabajó un tiempo como

institutriz. De nuevo en Londres, Johnson la contrata como redactora, un trabajo que supuso un primer y decisivo cambio de rumbo en su vida.

En la librería del editor, en el 72 de St. Paul Churchyard, se reunía un considerable grupo de intelectuales, filósofos, escritores y artistas. Wollstonecraft conoció entonces a personalidades de la importancia de Heinrich Füssli, William Godwin, William Blake, Joseph Priestley y Thomas Paine. El nuevo trabajo le permitía, sobre todo, cultivar el intelecto al involucrarse en temas de carácter no solo pedagógico y educativo, sino también político y moral. En unos diez años escribió para la revista más de cuatrocientas reseñas y artículos, lo que le supuso estudiar publicaciones de distinta naturaleza y en varias lenguas: ensayos, novelas y relaciones de viaje.

En este periodo, Wollstonecraft se aventuró, además, en una serie de traducciones del francés, del holandés y del alemán, y lo hizo como autodidacta. Entre 1788 y 1789 tradujo el ensayo de Jacques Necker *De l'importance des opinions religieuses* (1788), el *Moralisches Elementarbuch* del reverendo Christian Gotthilf Salzmann (1782) y la novela de formación de Maria Geertruida van de Werken de Cambon *De kleine Grandisson, of de gehoorzaame zoon* (1782). En todos los casos, los textos originales acabaron enriquecidos con comentarios y añadidos. Parece, incluso,

que en 1790 tradujese los famosos *Physiognomische Fragmente zur Beförderung der Menschenkenntnis und Menschenliebe* (1775-1778) de Johann Kaspar Lavater, pero que las pruebas quedaran inéditas porque su amigo Thomas Holcroft ya había preparado otra versión en inglés, que se publicó con antelación.

De aquella época es, también, la publicación de su primera novela, *Mary. A Fiction*, de la recopilación de cuentos para niños *Original Stories from Real Life* y de la antología *The Female Reader*. En estos trabajos, Wollstonecraft daba cuerpo a sus ideas juveniles sobre la educación de las niñas. En la época, el lugar adecuado para la formación del carácter y de la mente de las alumnas era la familia: correspondía concretamente a las madres la tarea de enseñar a las hijas a pensar y a adquirir virtudes, en completa armonía con los preceptos de la religión anglicana.

Dos referencias recurrentes en los primeros trabajos de Wollstonecraft son *Pensamientos sobre la educación*, de John Locke (1693), y *Emilio*, de Jean-Jacques Rousseau (1762). Del primero tomaba la teoría, considerablemente empirista, según la cual el proceso cognoscitivo se lleva a cabo mediante la acción de la razón sobre las experiencias sensoriales. Seguía también la idea de la maleabilidad del individuo, en base a la cual uno nace espontáneamente amoral, si acaso dotado de deseos egoístas

que el maestro, no obstante, puede y debe moralizar mediante la transmisión de costumbres y comportamientos virtuosos. De Rousseau admiraba, ante todo, algunas intuiciones de carácter metodológico: el respeto por el tiempo necesario para crecer, la importancia del juego al aire libre para fortalecer al unísono el cuerpo y la mente, reducir la cantidad de las materias que deben impartirse y favorecer así la sencillez y la claridad. Sin embargo, al contrario que el ginebrino, Wollstonecraft no acepta la hipótesis de que el aislamiento social favorezca los procesos educativos en edad infantil ni que la educación femenina deba ser rígidamente distinta a la masculina y relegue a la mujer a una función subalterna en virtud de una presunta diferente naturaleza. Por otro lado, la obra *Original Stories from Real Life* se centra en una serie de encuentros y oportunidades educativas que las dos alumnas de la señora Mason reciben gracias a una red de relaciones con personas de diferentes clases sociales. Además, la evolución de la historia demuestra y confirma la completa capacidad de las niñas, si se las educa adecuadamente, para aprender a pensar y a actuar de forma virtuosa.

De hecho, aunque la joven Wollstonecraft había aceptado, de las costumbres de su tiempo, la de considerar la educación femenina una cuestión separada de la educación general, no se centró exclusivamente

en la mujer ni en el ámbito estrictamente doméstico, sino en la justicia social y en el respeto por los demás como elementos esenciales en el proceso de formación individual, así como en el ejercicio a gran escala de la razón y del sentimiento. Lo confirma la selección de algunos párrafos reunidos en *The Female Reader*: los rezos en común por la mañana y por la noche, en los que se pide a Dios ser preservados «del contagio del vicio» y que nada turbe «la pureza de la mente»; y se reza con una invocación concreta que utiliza, y es significativo, el plural «nosotros» [FERE, 340-341].

En las obras de madurez, la autora reconoció expresamente la función social de la educación, y también la estrecha correlación entre ambiente, libertad y virtud, además de la importancia de un sistema educativo paritario e igualitario abierto a niños y niñas de todas las clases sociales. ¿Cómo maduraron estas ideas? ¿Mediante qué vías llegó la escritora a desarrollar una teoría propia, su original proyecto educativo, político y moral?

Además de cuanto supuso el trabajo en *Analytical Review*, otro momento crucial fue, sin duda, 1790. En curso la Revolución francesa, que había estallado en el verano del año anterior, el parlamentario anglo-irlandés Edmund Burke acababa de publicar *Reflexiones sobre la Revolución en Francia* (1790), una

obra que suponía una crítica durísima a los derechos universales del hombre proclamados por los revolucionarios en un acto de clara ruptura con la tradiciones jurídicas y políticas del reino. La lectura del libro provocó una «indignación» tan grande en Wollstonecraft que no pudo evitar escribir una réplica inmediata en la que expresaba todo el «desprecio» que le merecían las «sofísticas argumentaciones» de Burke [VRM, 5-7]. Escrito en apenas cuatro semanas, *A Vindication of the Rights of Men. In a Letter to the Right Honorable Edmund Burke* fue un éxito editorial y dio pie al debate anglosajón sobre los méritos y deméritos de la Revolución francesa, un debate enriquecido algo más tarde con cientos de panfletos y declaraciones. Habiendo osado desafiar algunas de las mentes más brillantes del país, Wollstonecraft fue elevada de repente a intelectual de primer nivel en la vida cultural londinense.

Los problemas económicos habían quedado atrás, como la vida familiar opresiva y el horizonte limitado habitual en las mujeres de la periferia de Londres y de orígenes modestos. Como bien sabía la joven escritora, «la libertad —incluso la libertad incierta— es [la cosa más] querida» [CL, 165].